Adolfo Suárez vota en las elecciones generales del 15 de junio de 1977.
:: MANUEL SANZ BERMEJO

comentó enigmático «estoy en condiciones de ofrecer al Rey lo que ha pedido el Rey». Don Juan Carlos, sin dudar, apostó por el político de 43 años, que el 3 de julio juró su cargo.

La elección no cogió por sorpresa a Suárez. No estaba seguro de ser el preferido, pero sí de estar en el triunvirato final. No en vano mantenía una estrecha complicidad con Fernández Miranda y sabía que disfrutaba del aprecio político y personal del Rey desde su etapa en Radiotelevisión Española, desde donde promocionó con habilidad –Franco aun vivía– la imagen del entonces Príncipe de Asturias. Aquel 2 de julio, según contaría después, aguardó solo en su casa la llamada, su esposa y los hijos estaban de vacaciones en Ibiza. El teléfono sonó y era el Rey, que quería sin más saber cómo estaba, y tras algunos embarazosos silencios colgó. Hubo una segunda llamada y don Juan Carlos le pidió que se acercara al palacio de la Zarzuela. Cogió el Seat 127 de su mujer y se plantó en la residencia real. El Monarca no se anduvo con rodeos, le ofreció el cargo que ansiaba y de su respuesta hay dos versiones: «Joder, Majestad, creí que no ibas a pedírmelo nunca» y «Por fin, ya era hora». Al día siguiente juró el cargo.

El 7 de julio dio a conocer su Gobierno. Políticos jóvenes, sin nombres de relumbrón, reformistas y monárquicos. Del franquismo solo heredó los ministros militares del equipo de Arias Navarro por consejo del Rey para evitar el nerviosismo castrense que ya apuntaba maneras. Ahí estaban los democristianos Marcelino Oreja, Landelino Lavilla y Alfonso Osorio, su futura mano derecha, Fernando Abril Martorell, y algún franquista reciclado como Rodolfo Martín Villa.

La actividad de Suárez y su equipo fue frenética. Antes de que acabara aquel mes aprobó su primera amnistía; en noviembre, las Cortes todavía franquistas se hacían el harakiri con la Ley de Reforma Política que hizo añicos las leyes fundamentales del Movimiento; el desmantelamiento jurídico y político del régimen fue refrendado en referéndum por la ciudadanía un mes después; el 9 de abril de 1977 legaliza el Partido Comunista de España; convoca las primeras elecciones democráticas para el 15 de junio a las que se presenta como líder de la recién creada Unión de Centro Democrático; en agosto se reúne la ponencia que redactará la Constitución; el 25 de octubre se firman los pactos de la Moncloa; y en aquellos primeros meses se fraguan los cimientos del Estado de las autonomías. Todo en poco más de un año. Una arrancada fulgurante tan breve como exitosa. El combustible de Suárez duró poco. Pero esa es otra historia.

Abril Martorell. :: R. C.

Manuel Gutiérrez Mellado
Vicepresidente y ministro de Defensa

El general leal en la Transición

Si Abril Martorell era el hombre de confianza política de Suárez, 'el Guti' era su alma militar. Gutiérrez Mellado reorganizó el Ministerio de Defensa tras la supresión de las carteras del Ejército de Tierra, Marina y Ejército del Aire, lo que unido a sus convicciones democráticas le valieron para convertirse en la 'bestia negra' del generalato franquista. Los empujones de los guardias de Tejero el 23-F fueron la mejor muestra de los sentimientos que despertaba Gutiérrez Mellado entre los mandos militares de la época. Mantuvo hasta el final de sus días en 1995 una estrecha amistad con Suárez.

Manuel Gutiérrez Mellado saluda a Suárez. :: R. C.

ADOLFO SUÁREZ

UN GRAN SOLDADO

EL EXPRESIDENTE ESCRIBIÓ ESTE ARTÍCULO PARA LA AGENCIA COLPISA EL 15 DE DICIEMBRE DE 1995 POR LA MUERTE DEL GENERAL MANUEL GUTIÉRREZ MELLADO, QUE FUE VICEPRESIDENTE Y MINISTRO DE DEFENSA DE LOS DOS GOBIERNOS DE SUÁREZ

Es notorio que he tenido la inmensa suerte de conocer y tratar en profundidad al Capitán General don Manuel Gutiérrez Mellado y contar, en circunstancias muy difíciles para España, con su apoyo, su consejo y su amistad, sobre todo, cuando fue vicepresidente de mis gobiernos, encargado de los asuntos de Defensa.

Estos momentos son, entre españoles, propicios al elogio. En este caso es justo que así sea. Pero creo que el capitán general que acaba de dejarnos, querría, sin duda, ser recordado, ante todo, como lo que siempre quiso ser –y lo fue en alto grado– como un gran soldado, leal a España, al Rey, a la democracia, como un militar hasta la médula, al que sus virtudes castrenses y su amor a la milicia –como estilo de vida, como profesión vital– le hicieron estar abierto siempre a las exigencias de los tiempos y a la puesta en forma de los Ejércitos de España para responder con dignidad y gallardía a los nuevos retos.

Manuel Gutiérrez Mellado no ha sido un político en el sentido vulgar de la palabra. Sí lo ha sido en el sentido más alto del término. El ideal al que dedicó su vida fue el Ejército, su modernización, su adecuada instalación en la moderna democracia española, el cumplimiento digno y riguroso de la alta misión constitucional que en ella le corresponde, su contribución esencial a la defensa de España y de la paz mundial.

Su tarea nunca fue fácil. Pero supo cumplirla con rigor militar y con una extraordinaria entrega personal. En los años de la Transición política se encontró –nos encontramos– con unos Ejércitos que aun vivían y se vertebraban en torno al recuerdo de una Guerra Civil, acaecida hacía 40 años, que había enfrentado dramáticamente a los españoles. Él, en los gobiernos en que ocupó la vicepresidencia luchó denodadamente para que los Ejércitos de España miraran al futuro y se pusieran al servicio de la voluntad nacional, libremente expresada, y de la más ancha y generosa idea de España –la España de todos los españoles– encarnada en la Monarquía democrática.

Su labor –y su vida– tuvieron que superar grandes incomprensiones. Supo hacerlas frente con enorme inteligencia y extrema generosidad: como un soldado. En la mente de todos los españoles perdurará durante mucho tiempo la imagen que el capitán general Gutiérrez Mellado dio del Ejército español, la noche del 23 de febrero de 1981. Los golpistas no le hicieron caer al suelo. Su figura –pequeña y nerviosa– fue capaz de resumir en su resistencia física la enorme dignidad del Ejército, los valores de gallardía, entereza, firmeza y lealtad. Supo demostrar, en esos tensos minutos, que, frente a la sinrazón de la fuerza, se puede oponer siempre, como éxito indudable, la fuerza de la razón. Fue una lección que no podrá olvidarse jamás.

Pienso que España y la democracia –y todos los que la servimos– tenemos con el capitán general Gutiérrez Mellado, con el marqués de Gutiérrez Mellado, una deuda de gratitud y de reconocimiento perdurable. Solo la Historia, con su juicio, y Dios, en quien él creía profundamente, que es dador de todo consuelo y reconocimiento, podrán saldarla. En esa confianza entrañable ofrezco a su memoria mi reconocimiento y mi tremendo pesar por su desaparición que –estoy seguro– se une al de la inmensa mayoría de los españoles. Entre ellos, como uno más, quiero enviar al capitán general Manuel Gutiérrez Mellado, al marqués de Gutiérrez Mellado, al hombre entrañable que ha sido Manolo Gutiérrez Mellado mi adiós más emocionado y mi abrazo más fraterno.

Amigo Manolo, ¡que Dios te otorgue la recompensa que depara siempre a los hombres buenos, entregados, coherentes y leales!».